

Una lectura permanente

Fernando Serrano Migallón

Escribir es un privilegio, no sólo el acto creativo que luego se publica y multiplica el diálogo, originalmente diseñado para funcionar entre pares, sino el hecho de convertir el pensamiento y la voz en signos gráficos aptos para guardar la memoria. Hay algo mágico en la escritura, por eso las culturas la han idolatrado y temido; al que escribe se le mira diferente, como si conociera un arcano distinto, como si supiera otras artes que vencen el tiempo, como si tuviera en la punta de su pluma la capacidad para hacernos felices o hacernos pasar por el aro del sufrimiento. Por eso en su momento el poeta francés Stéphane Mallarmé dijo que el poeta era el custodio de las palabras de la tribu; por eso a países como México, que siempre han admirado a sus escritores y que hoy los necesita más que nunca, la muerte de esos guardianes los conmueve profundamente.

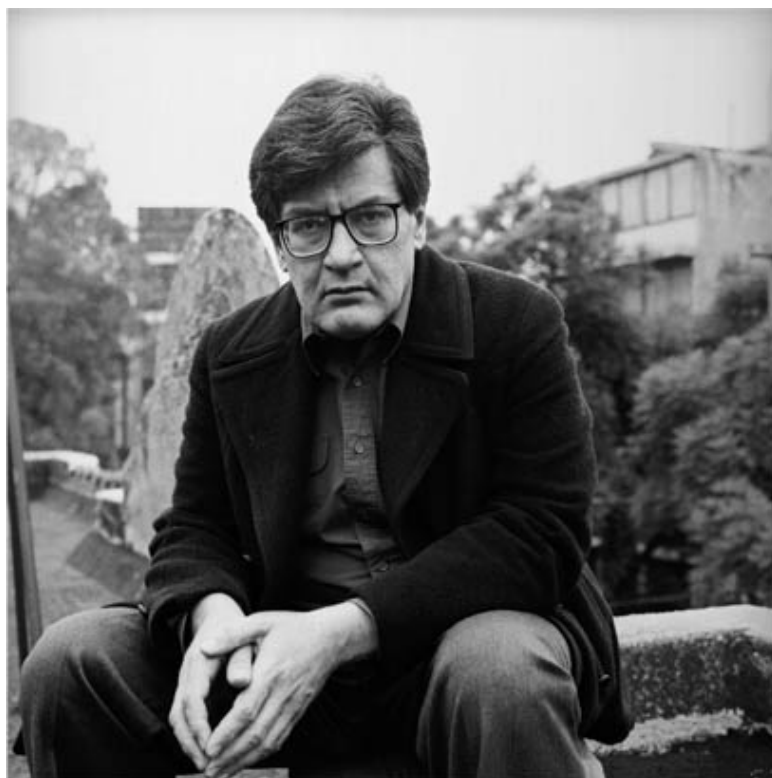
Qué grato sería que siempre que dispusiéramos de espacio para escribir, diéramos cuenta del paso del tiempo, de sus enseñanzas y de sus alegrías; qué grato sería siempre hablar de los amigos y de la forma en que nos han hecho un mundo más amable. No siempre puede ser; es lamentable tener que unir las grafías para decir algo que preferiríamos no tener que mencionar nunca: José Emilio Pacheco nos ha dejado. En su pluma él encarnó la idea de una conciencia temporal más allá del tiempo; desde el principio de su obra lírica decía, no sin malicia, “no me preguntes cómo pasa el tiempo”, porque su paso es inevitable y su literatura una muestra de ese transcurrir constante.

En cierta manera lo que nos hace humanos es tener esa conciencia del paso del tiempo, de saber que la condición inaceptable e inexplicable de la muerte tiene que ser aceptada como una cuestión natural, pero a la vez transformada en un diálogo con los muertos, como ya había dicho Quevedo hace cuatrocientos años. Ojalá no tuviéramos que decir que José Emilio Pacheco ha muerto, particularmente ahora que más lo necesitamos, a él

como a otras plumas prudentes, valientes e inteligentes; ojalá que no tuvieran que ser ahora los años en los cuales, como un mal designio, parece irse marchando la generación que nos mostró la universalidad y buena factura de nuestras letras; es cierto, alguna vez tenía que ser, pero no ahora que estaba en madurez de su expresión y de su genio. Así, a partir de la sencilla forma de decirlo, se ha marchado el amigo, se ha ido el poeta, y nos vamos quedando sin aquella generación en la que confiábamos como en nuestra voz y nuestra conciencia.

El poeta del paso del tiempo ya no está entre nosotros, pero lo sigue estando en su literatura. Ese diálogo hay que mantenerlo vivo, sigue siendo el guardián de las palabras de la tribu desde ese otro lado, y nosotros debemos seguir escuchándolo. Pacheco no fue un poeta de la torre de marfil, hizo periodismo muy brillante —recuérdese su actividad como editor en los años sesenta en la revista *Estaciones*, en *Diálogos*, en “La cultura en México”, sus constantes colaboraciones en la *Revista de Literatura Mexicana*, en la *Revista de la Universidad de México*—. Su columna “Inventario” queda ya como un clásico de la investigación y la divulgación de la literatura y se constituye como un diario público de sus lecturas, sus intereses y sus ideas. Pacheco nunca desdeñó el trabajo menos vistoso del reseñista, el ratón de biblioteca, el corrector de pruebas, y con el tiempo sus lectores fuimos entendiendo que para él —y ahora, para nosotros— esa labor tiene la importancia y la altura de sus mejores poemas.

Pacheco trabajó hasta el último momento; su “Inventario” final, publicado el día de su muerte en la revista *Proceso*, sobre su amigo Juan Gelman, fallecido apenas unos pocos días antes, quedará como una obra maestra, una carta de despedida a un amigo que fue, sin quererlo, la despedida de sí mismo, canto a la amistad y el respeto entre creadores. Gabriel Zaid, al comentar la columna “Inventario”, ha dicho con pertinencia que Pacheco



creaba contactos inesperados, que unía temas, autores, asuntos que no parecían relacionados y que, agrego yo, cuando él los relacionaba nos parecía ya evidente esa relación. ¿Cuántos temas absolutamente inesperados nos dejó sobre la página para ver si alguien se anima a seguirlos? Y con generosidad y absoluto desprendimiento, sin ningún afán de propietario o terrateniente literario. No podríamos entender nuestra literatura sin sus trabajos antológicos —sobre el modernismo, el siglo XIX, *Poesía en movimiento*— y sin sus traducciones.

A ello hay que sumar su actitud ante los lectores: le gustaba ser leído y reconocido por el público, en especial por los lectores jóvenes, aunque supiera que puede ser un espejismo; en varias conferencias y ensayos se preguntaba, por ejemplo, sobre el destino de Eduardo Mallea, el escritor argentino considerado en los años sesenta el más grande novelista de ese país y parecía bajar la voz al preguntarse: ¿Quién lee hoy a Mallea, quién se acuerda? Y le gustaba ser leído no por la vanidad del hombre público, sino porque más allá de su escepticismo ante el mundo, Pacheco siempre confió en la literatura.

Los habitantes del D. F. no podemos vivir la ciudad de la misma manera después de haber leído a Pacheco. En ella encontró el escenario no sólo de amores juveniles y nostalgia cotidiana sino también el de un universo mítico, con innumerables y posiblemente infinitos estratos de índole mitológico: nuestro pasado indígena, nuestra ansia de futuro, nuestras innumerables y asombrosas síntesis culturales. Supo ver en los sucesivos mestizajes una enorme fuente de riqueza expresiva y tuvo el tino de ser un hombre sin dogmatismos, que anteponía siempre el respeto a las diferencias, a las ideas contrarias,

afirmando una vocación por el diálogo inteligente, por la conversación entre amigos. Y en ese concepto de la amistad aceptaba a todos sus lectores sin distingo alguno.

Nos rescató una ciudad completa, múltiple, conflictiva, esta en la que millones vivimos, y la convirtió en personaje central no solo de su afamada y hermosa *Las batallas en el desierto*, sino en toda su prosa y en toda su poesía, letras hechas en los márgenes de la urbe y del espacio interior de sus habitantes; nos devolvió a las cosas sencillas de la poesía, con la que construyó enormes edificios de reconfortante amplitud y magníficas vistas al universo. Se fue y, en conjunto con otros constructores de nuestra literatura que ya nos han dejado, enriquecen la historia de nuestras letras y hacen, de muchos modos, más rico nuestro acontecer cotidiano.

Tal vez como resultado del amor por el país y la ciudad —hay un poema en que lo deja claro, “Alta traición” — Pacheco quiso hacer de su poesía una especie de sismógrafo emocional, sentimental e intelectual, avisarnos de lo que pasaba, advertirnos de las desgracias y proponernos una manera de sobreponernos a ellas. Nunca pensó que su voz individual, ligada a su persona, se desligaba de las circunstancias que le permitían al yo ser un nosotros.

Supo también darse cuenta de las tentaciones totalitarias que se escondían bajo la tierra, de los peligros que asechaban a un régimen dominante durante varias décadas, y desde las esferas aparentemente descontextualizadas de la literatura supo observar y ser un crítico punzante de su tiempo, ese presente, del que, otra vez, no me preguntes cómo pasa el tiempo, cómo se vuelve pasado, sino en todo caso cómo se vuelve futuro. Pacheco se sorprendía todos los días de saber que *Las batallas en el desierto* había pasado de ser una novelita secreta a ser un *best-seller*, adaptada a la pantalla grande, leída por los adolescentes, con constantes reediciones. Y la sentimentalidad del texto se contrapone con la disección, hecha con afilado bisturí, de los impulsos fascistas que había descrito en *Morirás lejos*.

Si su literatura le trajo el afecto y el cariño de los mexicanos la calidad de su escritura le granjeó también fama internacional; recibió los más importantes premios en lengua española y sus libros se tradujeron a diferentes idiomas. En Colombia, en Argentina, en España, en Perú, en Cuba, en Venezuela era leído con fervor y atención. La reacción ante su ausencia en la prensa internacional es prueba de ello.

Los historiadores, por ejemplo, nos hemos beneficiado de su actitud y sus hallazgos. Sabía localizar y compartir un dato concreto y proponer una nueva interpretación de hechos esenciales de nuestra historia, en una época —la Revolución mexicana, por ejemplo— en que las letras y la política estuvieron íntimamente ligadas. Su afecto y admiración por Alfonso Reyes le llevó

a escribir páginas espléndidas sobre el polígrafo regiomontano y como él practicó una enorme cantidad de géneros y formas expresivas.

Quiero hacer mención expresa de sus traducciones: una de sus últimas obras es su exhaustiva, obsesiva revisión de su versión de los *Cuatro cuartetos* de T. S. Eliot. Ya la primera versión, publicada hace veinte años, fue muy elogiada y Octavio Paz señaló que era insuperable. Pacheco, como si quisiera contradecirlo, decidió superarla él mismo. En las semanas anteriores a su muerte algunas publicaciones habían dado a conocer partes de la nueva versión y se había creado una gran expectativa por su aparición en libro. No era la primera traducción de Pacheco que llamaba la atención muchos años antes; su versión del *De Profundis* de Oscar Wilde, la *Epistola in carcere et vinculis* había sido muy elogiada.

Cuando un escritor de la talla de Pacheco se pone a traducir nos dice claramente que la literatura es de todos y que, por lo tanto y como quería Lautréamont, la escribimos entre todos. Él, Pacheco, solo sirve de escriba. Es conocida una anécdota que no le gustaba recordar pero que es claro ejemplo de su generosidad como hombre de letras: preocupado por el plazo de entrega que tenía su maestro Juan José Arreola con un editor, tomó al dictado algunos relatos, lo que ahora conocemos como el *Bestiario*, del escritor de Zapotlán el Grande.

Entre los innumerables textos escritos a su muerte, tengo el atrevimiento de sumar estas palabras, movido por la admiración y el agradecimiento al poeta. Pacheco nos había acostumbrado a no creerle cuando nos decía que estaba enfermo. Cómo quisiéramos no creerle aho-

ra que ha fallecido, pero la muerte no admite incredulidad en la misma medida en que siempre nos resulta increíble. Y es que la muerte siempre nos deja un poco más solos.

A José Emilio se le cita, desde luego, pero sobre todo se le lee mucho; es una voz a la que nos acostumbramos y que nos hacía bien en momentos como estos en que la cultura se siente sola en su ausencia. José Emilio Pacheco fue una gran persona, un gran ser humano, un hombre bueno en el sentido de Antonio Machado, como recordó Enrique Krauze en sus palabras de despedida en El Colegio Nacional.

Hay lugares comunes que el lenguaje inventa para colmar cosas difíciles de expresar; recurrir a ellos es correr en auxilio de fórmulas probadas que bien aciertan en señalar lo que cuesta mucho decir: que la obra de José Emilio Pacheco, aun sin su presencia, lo hace permanecer siempre; que lo homenajearemos constantemente en el futuro, cuando nuevas generaciones de lectores se estremecan con sus libros; que es y será siempre un protagonista de la historia de nuestras letras. Todo eso es hablar en justicia y, sin embargo, nada nos compensa de su ausencia, de su sencillez, de esa bonhomía que no confiaba en su propia fama y no se la creía, en su sinceridad amable por la que los honores se deslizaban hacia el pasado con una velocidad inusitada; de la ausencia de su inteligencia aguda y su sensibilidad poética. Lo decía Cristina Pacheco y ahora nosotros con ella: habremos de aprender a hablar en presente de alguien que ya no está, pero sin duda hablaremos mucho de él, en presente y para siempre.



© Rogelio Cudillur